



## *El sistema educativo sepulta el progreso*

LA TERQUEDAD demostrada por los sucesivos gobiernos al mantener planes educativos a todas luces ineficientes se ha convertido en una de las heridas que más lastran el desarrollo de España desde hace ya demasiado tiempo. No sin afrentosas consecuencias: un universitario español tiene el mismo nivel que un alumno de Bachillerato en Holanda o Japón. El notable abandono escolar o la formación con nulas salidas profesionales son dos de los frenos en las ruedas de un progreso sepultado por la cortedad de miras de los gestores políticos, que se concreta en continuas improvisaciones y –más nocivo– en la toma de decisiones

más ideológicas que académicas. Ello se concreta en la ristra inagotable de reformas que acumula la organización educativa, convertida ya en creadora sistémica de fracaso laboral y personal. Y de la bolsa de parados jóvenes más abultada de Europa, con una alarmante tasa de desempleo que llega al 30%.

No es por falta de diagnósticos certeros por lo que no se pone remedio a esta situación. Los expertos coinciden al identificar las fuentes de este fracaso nacional. Como publicamos hoy en nuestras páginas, la tormenta perfecta de la educación es un combinado entre una Formación Profesional escasa y poco valorada, un exceso de alumnos universitarios –con una sobrecapacitación a la que condena la falta de salidas laborales– y unos campus educativo de espaldas a las verdaderas necesidades de las empresas. Y, mientras, el 40% de los empleadores asegura que no encuentra el perfil de trabajadores que necesita.

Sin embargo, aun con esta precisión en el juicio, los

responsables públicos parecen más preocupados por maquillar los datos del corto plazo que por resolver las cuestiones en el medio y largo recorrido. La Lomloe de Isabel Celaá –herencia envenenada para Pilar Alegría– no es más que el último eslabón de una cadena de infaustos despropósitos, si bien nunca antes se había alcanzado tal nivel de incuria como representa penalizar el rendimiento académico y la cultura del esfuerzo con la excusa de evitar el abandono de los alumnos. Promocionar en Secundaria sin límite de suspensos y superar el Bachillerato con una asignatura suspendida confiere a ambos títulos el valor de meros certificados de asistencia a clase. Algo similar ocurre en la universidad con la reforma firmada por el ministro Castells, que exaspera por igual a rectores, claustro y estudiantes. España necesita un consenso educativo que garantice la modernización del sistema y la presencia de las empresas en el proceso de formación. Los datos confirman que no hay tiempo para excusas.